

**PSICOLOGIA
Y EJERCICIOS
IGNACIANOS**

(Volumen I)

Carlos Alenmany
José A. García-Monge (Eds.)



MENSAJERO · SAL TERRAE

CARLOS ALEMANY,
JOSE A. GARCIA-MONGE (Eds.)

**PSICOLOGIA Y EJERCICIOS
IGNACIANOS**

(Volumen I)

LA TRANSFORMACION DEL YO
EN LA EXPERIENCIA
DE EJERCICIOS ESPIRITUALES



Mensajero



Sal Terrae

1991

cel de de asi esf coi cte la ' las Ca me Eje mi cei do na me
lec en cic
la cid qu vii co ex ba ra de

6. Qué son las afecciones desordenadas para Ignacio y cómo leerlas hoy desde la psicología

por LUIS MARÍA GARCÍA DOMÍNGUEZ *

I

PLANTEAMIENTO

Este trabajo tiene como objeto presentar una visión interdisciplinar de las afecciones desordenadas. Por lo tanto, «qué son» las afecciones desordenadas; no se alude al proceso ignaciano y antropológico necesario para «quitar de sí todas» esas tales afecciones [1]¹. Digo «estudio interdisciplinar», en el sentido de intento de integración de la espiritualidad y las ciencias humanas; en concreto, la explicación de un término espiritual mediante conceptos de la antropología psicológica, aunque sea de forma necesariamente sintética². Los temas ignacianos se inspiran fundamentalmente en las obras citadas de Calveras, pero también en otras lecturas y perspectivas imposibles de reseñar. La perspectiva antropológica que adopto es la de L. M. Rulla S.I. y colaboradores. Todo ello contrastado por mi experiencia como «psicoterapeuta» y «pastoralista».

* LUIS MARÍA GARCÍA DOMÍNGUEZ. Psicólogo clínico. *Salamanca*.

¹ Aparecen entre corchetes únicamente los números del libro de los Ejercicios.

² Esta comunicación tiene antecedentes en la elaboración de mi tesis de licenciatura en el Instituto de Psicología de la U. Gregoriana (1986), actualmente en fase de borrador para publicación. Otros dos trabajos se presentaron en el mismo centro con el mismo tema: Meures, 1985 y López Galindo, 1988. Aunque ambos han sido tenidos en cuenta, aquí ofrezco mi enfoque personal.

1. Perspectiva ignaciana

La expresión completa «afección desordenada» (en singular o plural) aparece en EE seis veces, en seis números del texto, de las que dos se refieren al conjunto del libro [1, 21], tres a las elecciones [169, 172, 179], y otra a las reglas de distribuir limosnas [342]. Otras expresiones que se refieren al mismo concepto, aunque con otros términos, se encuentran en contexto de elección: anotación 16 [16], binarios [150, 153-155, 157] y limosnas [338: cfr. 184]. Por lo cual hay que afirmar que esta expresión, en el libro de los EE, es un verdadero término técnico, cuyo ámbito preciso es la segunda semana, y en concreto la materia de elecciones y sus aplicaciones. Con todo, veremos que san Ignacio parece usar esta misma expresión, fuera de los EE, con una cierta mayor amplitud conceptual; y ello porque hay una mutua interacción entre la dimensión típica de la afección desordenada y otras dimensiones de la persona humana.

El criterio del *orden* en los EE es la referencia al fin del hombre, que es «sólo el servicio y alabanza de Dios Nuestro Señor... salud eterna de mi alma» (EE 169; cfr. 155, 179, 181, 184, 233), desde el Principio y Fundamento (Calveras 1958, 437). Y tal norma queda como criterio de discernimiento último del desorden, para clérigos, religiosos o laicos. En el momento de decisión (elección) eso se traduce en rectitud y pureza de intención (de motivación, de intencionalidad) (EE 169). *Desordenado* será lo que no se ordene a tal fin, y por eso no se adecue a la naturaleza humana concebida como ser en tensión de autotranscendencia hacia Dios (EE 23). En concreto, para San Ignacio el principio del orden tiene una inmediata traducción existencial: la indiferencia ante «las otras cosas sobre la haz de la tierra» (EE 23), ante los medios que la persona tiene a disposición para realizar tal fin.

La afección, por otro lado, tiene un significado muy rico para San Ignacio, tanto en su experiencia personal (Autobiografía, Diario Espiritual) como en los EE. No sólo es un elemento normal en la vida, sino que se supone que la ordenación del deseo (afecto en cuanto inclinación) por parte de Dios (EE 16), el uso ordenado de la afección, es «el punto culminante, el fruto de la maduración», realizada por los EE (Iparraguirre, 1978, 66). El afecto estará, pues, desordenado no por ser tal afecto (por fuerte que pueda ser), sino por el objeto (desordenado) a que tiende o por la motivación (desordenada) de dicho afecto a cualquier objeto (incluso «ordenado» en sí mismo).

2. Perspectiva antropológica (psicológica)

«La psicología de hoy», como sabemos, no es una sola. Junto a convergencias en algunos temas e indudable complementariedad de perspectivas, aparecen en el panorama multicolor de las psicologías de hoy divergencias notables; y por ello también en las propuestas de integración de psicología y espiritualidad (Manenti, 1984) de tal modo que para un esfuerzo interdisciplinar quizá sea preferible referirse a una teoría a no intentar un imposible «collage» armonizador entre varias de ellas. Ya he aludido a la que yo tengo a la base (siempre hay alguna tras nuestra praxis pastoral o terapéutica). No se trata de sintetizarla aquí³; señalo simplemente dos temas (no necesariamente exclusivos de esta teoría) importantes para esta visión de las afectaciones desordenadas.

a) Se requiere pasar de una visión de la persona humana sólo descriptiva a una *visión estructural*, que pueda ser por ello transcultural. Según el enfoque adoptado, la persona se puede concebir con dos estructuras: un yo-ideal (yo en cuanto se trasciende) y un yo-actual (yo en cuanto trascendido), entre los que puede haber consistencia (acuerdo) o inconsistencia (disonancia, desacuerdo). Los contenidos de tales estructuras serán en definitiva los valores autotrascendentes teocéntricos (del yo-ideal) y las necesidades (del yo-actual); ambas son realidades más bien generales y abstractas que se concretan necesariamente en adopción de actitudes o comportamientos existenciales. Pues bien, entre cada uno de los valores autotrascendentes y las necesidades puede darse situación de consistencia o de inconsistencia. Por ejemplo, entre el deseo de «tener a sólo Dios por refugio» (valor) y la necesidad de apoyo humano (necesidad psicosocial) se da una necesaria tensión que Ignacio resuelve emprendiendo un difícil viaje sin compañero (*Autob.* 35), que es una actitud consistente con los valores en que creía. Inconsistencia: la de Calixto de Sa, que causa admiración en Salamanca primero por su pobreza (*Autob.* 66, 67, 71), y luego por su riqueza... e incoherencia (*Autob.* 80).

b) Sobre la motivación humana, habría que decir que las potencialidades psíquicas del hombre, sus fuentes de energía, se revelan en definitiva en torno al deseo, a la motivación de los actos que son ma-

nifestación de la persona y de su psicodinámica global (cfr. Rulla, 1985, 87 s.). El *sistema motivacional* (Rulla, 1985, 88-100) del hombre da cuenta, en definitiva, de la dirección de sus dinamisimos y de sus actos objetivos; y por lo tanto de la consistencia o no de su respuesta a Dios en la vida concretamente vivida. Pero en la motivación humana hay que distinguir las categorías de motivación (Rulla, 1985, 88 ss.). En concreto, se puede actuar (tomar decisiones que implican juicios de valor, discernimiento) por dos diferentes categorías de bien o de importancia: «lo importante para mí» y «lo importante en sí»; en el primer caso se es movido por el deseo (querer) emotivo, en el segundo por el deseo racional; con dos juicios diferentes respectivamente: intuitivo y reflexivo. Los «elementos directivos» de la motivación son, en último término, las necesidades humanas o los valores autotrascendentes; de forma que en el primer caso las necesidades empujan a la persona a la acción mediante el deseo y el juicio intuitivo (emotivo) y la categoría de «lo importante para mí», mientras que en el segundo caso los valores atraen a la persona mediante el deseo y el juicio reflexivo y la categoría de «lo importante en sí».

Este proceso, finalmente, incluye la posibilidad de una motivación subconsciente también en los actos considerados «religiosos» (o vocacionales). Y el inconsciente tiene sus leyes propias y sus mecanismos específicos (que la psicología profunda pretende reconocer y modificar).

II

DELIMITACIONES

Hay que distinguir la afección desordenada en sentido estricto (o término técnico) de otros dos posibles tipos de desórdenes de la persona: el ámbito de lo psicopatológico y el del pecado. Pues en la teoría adoptada se suponen en la persona humana tres diferentes ámbitos o dimensiones, como tres perspectivas diferentes con que el hombre se acerca a la realidad; de ellas resultan tres dialécticas diferentes, caracterizadas por el diferente objeto formal que tienen (Rulla, 1985, 123-136).

1. La dimensión de la psicopatología

Esta dimensión (por la cual todos nos situamos en algún punto de un «continuum» entre normalidad y psicopatología) tiene como objeto formal los valores naturales. Por ello es de suyo conceptualmente

³ Cfr. la síntesis final más madura de la teoría: Rulla, 1985, 216-224; y Rulla, Imoda, Rüdick, 1986 (confirmaciones existenciales de la misma). Estos dos libros completos contienen la fundamentación antropológica de lo que se afirma en este artículo.

diferente (e independiente en buena medida) de la dimensión «religiosa» del hombre (por la que todos nos situamos entre pecado y virtud). Mayor madurez psíquica no implica mayor madurez en virtud o santidad; ni mayor debilidad psíquica excluye de por sí la santidad. El cura de Ars, con sus desequilibrios psíquicos, pudo ser santo. Fabro, en la época de sus escrúpulos e indecisiones, tenía una fuerte virtud... Por otra parte, la presencia de debilidad en esta dimensión parece ser estadísticamente más bien pequeña⁴, de forma que no es tan significativa en la dinámica espiritual propia de los EE.

La confusión actual en los criterios diagnósticos parece pedir un cambio conceptual (filosófico) al afrontar esta dimensión de la persona (Aronson, 1985). Entre otras cosas, conviene pasar del criterio descriptivo (por el que hablamos de cuadros obsesivo-compulsivos, histéricos, depresivos, paranoicos o antisociales, por ejemplo), al criterio estructural (donde se trataría de evaluar la profundidad de desorganización del yo o «self»); puesto que en cualquiera de estos «estilos defensivos» podría haber desde mayor normalidad psíquica a mayor desorganización. La introducción del concepto de objeto final (y sus dialécticas específicas) propio para cada dimensión es un paso más en tal conceptualización (Rulla, 1985, 131-134).

San Ignacio tiene en cuenta esta dimensión de la normalidad patológica del individuo, por ejemplo, en las Constituciones de la Compañía (*Const.* 291; 175; 184, 216; 181; quizá 179). También en la práctica de los EE, en sus directorios, habla de algunos tipos (estilos defensivos) difíciles, que podrían estar manifestando debilidad estructural: como los duros de juicio o desobedientes (*O. C.*, p. 302). No son los EE para quien tiene perturbación psiquiátrica. Pero en todo caso, cuando San Ignacio habla de afección desordenada no se refiere a este tipo de desorden (que con terminología de psicólogos también podríamos llamar desorden afectivo). La afección desordenada se mueve en el terreno de la normalidad, no de la debilidad psíquica (aunque en algunas situaciones puedan tener mutua interrelación).

2. La dimensión del pecado

Es la que tiene como objeto final los valores autotranscendentes, religiosos; se caracteriza por la tensión consciente entre el yo-ideal

⁴ Alrededor de un 13,5 por 100 a la entrada en la vida religiosa: otros estudios (como los de Kennedy-Hekker, 1971; Baars-Terruwe, 1972) indicarían proporciones entre 8,5 y 20-25 por 100: cfr. Rulla y cols., 1986, 328, tabla XI, y 148 s.

(valores) y el yo-actual (necesidades o tendencias básicas humanas), y la respuesta a esa dialéctica con la parte libre y consciente del yo (Rulla, 1985, p. 129 ss.). Pues bien, hay que afirmar que tampoco se refiere la afección desordenada directamente a esta dimensión. La afección desordenada no es pecado (aunque pueda llevar o predisponer a él). Podemos usar una carta de San Ignacio para ilustrar la diferencia entre las tres dimensiones⁵:

«... ha sido avisado N.P. de lo que se sirve Dios N.S. en ese pueblo del ministerio de los nuestros; y no dudamos se serviría más [II] si los escrúpulos superfluos [III], ayudados de falta de humilde resignación en V.R. [I], no lo hubiese impedido. Esta pasión de escrúpulos [III] hasta un cierto punto no suele hacer daño, cuando la persona por ellos es más vigilante y cauto en evitar las ofensas de Dios N.S. [I], pero no forma juicio [III] que esto o aquello sea pecado (...) pero de lo contrario peligra gravísimamente, así de ofender a Dios [I], con no evitar lo que siente ser pecado, sin serlo, como de perder la ocasión y talento de servirle [II], y aun el buen juicio natural [III]».

«...Ruegue también a Dios N.S. en sus misas y oraciones que le libre desta pasión o enfermedad [III] cuanto conviene para no ofenderle [I] ni impedir su mayor servicio [III]...».

Sin analizar el texto, interesa la distinción conceptual entre las tres dimensiones: la del pecado/virtud (I: ofensa o no a Dios); la de la normalidad/patología (II: perder el juicio natural, pasión o enfermedad), y la del bien aparente (II: la menor gloria de Dios, impedir su mayor servicio). Antropológicamente son dimensiones distintas. La primera dimensión (pecado/virtud) se caracteriza por esta tensión consciente que se resuelve en consistencia/inconsistencia entre valores proclamados y vividos. Una tensión dialéctica que en formulación teológica (bíblica) es la establecida entre el egoísmo de la carne y el amor del Espíritu («ágape»: cfr. Gal 5,16.19.22; Rom 8,9). En la consistencia, la motivación real que actúa (consciente o no, pero recta) es la de los valores autotranscendentes, la del bien y lo importante en sí: en concreto, la figura y persona de Jesucristo, por cuyos valores se siente una atracción afectiva (Roldán, 1960).

Considera Calveras que en San Ignacio podríamos distinguir la «afección mala» de la «afección simplemente desordenada». La prime-

⁵ Carta al P. Marín (la escribe Polanco por comisión de San Ignacio), *O. C.*, p. 1005; *Epp.* 12,30-31. Señalo en el texto entre corchetes las referencias posibles a las tres dimensiones: I, es la dimensión del pecado/virtud; II, es la del bien real/aparente (la propia de la afección desordenada); III, es la dimensión de la patología/normalidad.

ra «se posa sobre un objeto malo en sí o al menos desordenado o pe-ligroso; sea pecado mortal o venial, sea simplemente desorden, o cosa ocasionada a pecado» (Calveras, 1926, 23 s.); mientras que la segunda se refiere «al amor de lo que es indiferente y sin peligro, y aun bueno y santo, pero que no tiene a Dios por razón, e impulsa a obrar por motivos que no son del puro servicio divino». Como vemos, la primera se refiere explícitamente a la que hemos llamado primera dimensión (del pecado/virtud), mientras que la segunda se mueve en la dimensión del bien aparente (segunda dimensión); pero no se considera que la afectación desordenada lo sea por tender a un objeto malo: «San Ignacio no habla de este caso en los Ejercicios» (Parraguirre, 1978, 8).

En EE se habla de orden y desorden también en el ámbito de esta dimensión de la virtud/pecado, por ejemplo, en el examen general: así, «hay mérito (= virtud) en bien ordenar y pecado en mal enderezar» (EE 40). También es un acto de «ordenación» consciente y libre, intencional, la oración preparatoria (EE 46). En el triple coloquio (EE 63) se pide el conocimiento del desorden de las operaciones y el ordenamiento en ellas. Veo en este ejercicio un paso desde mi pecado al conocimiento de las raíces del mismo. En la perspectiva de Calveras (1927, 12-22), San Ignacio propone una gradación en la consideración del pecado, de forma que se va de lo más grave a lo más sutil. Las raíces del pecado están, teológicamente hablando, en la *concupiscentia*, que sin embargo no es pecado. La concupiscentia es algo que antropológicamente podemos considerar afectación, tendencia, inclinación a «objeto malo», pero que se sale del ámbito del pecado. En este triple coloquio, por tanto, parece establecerse una relación posible entre el pecado (primera dimensión, virtud/pecado) y la raíz del mismo (segunda dimensión, error no culpable). Y, aunque hay algo o mucho de desorden (y también de afectivo) en esta dimensión, nuestro término, «afectación desordenada», no pertenece a este ámbito del pecado.

III

QUE SON LAS AFECIONES DESORDENADAS

1. Qué son: consistencias defensivas

Una vez delimitado el ámbito de la afectación desordenada (que no es pecado ni psicopatología), veremos qué características presenta.

Podríamos decir, en resumen, que la afectación desordenada en sentido estricto es aquella situación motivacional central en el dinamismo de la persona en la que el sujeto piensa que elige y actúa sólo por los valores del seguimiento del rey eterno y de su bandera (motivación consciente), pero sin embargo es movido al mismo tiempo por la satisfacción del propio amor, querer e interés (motivación inconsciente); y este autoengaño es posible porque el objeto inmediato de la afectación (situación, persona o cosa) es bueno o indiferente en sí, y por el sujeto, con su implicación afectiva (inconsciente en el origen y causas), tiende a mantener justificada la situación (por los mecanismos inconscientes de defensa) y por tanto a perpetuarla. La consecuencia para la respuesta del sujeto a Dios (vocación cristiana) es que se ve afectada la libertad de respuesta, malográndose un bien mayor (por la elección de un bien parcial o aparente), y se frustra así tanto un mayor servicio (bien apostólico mayor) como el propio crecimiento espiritual (santidad objetiva) de quien padece la afectación desordenada.

En terminología de la antropología adoptada, la afectación desordenada es un bien aparente, una consistencia defensiva; es la adopción de unos comportamientos (actitudes) consonantes con los valores autotranscendentes proclamados, pero usados a la vez (inconscientemente) para gratificación de alguna necesidad vocacionalmente disonante. Y ello implica una dimensión de la persona que no es pecado ni patología, que obedece a una dialéctica cuyo objeto final no son solamente los valores autotranscendentes, ni exclusivamente los valores naturales, sino unos y otros combinados. Se trata por tanto de un mecanismo motivacional central, donde la persona busca última-mente el mal (gratificar necesidades disonantes) bajo apariencia de bien (adoptando actitudes consonantes que corresponderían a valores proclamados, pero no vividos).

En esta caracterización acentúo y explico el aspecto de engaño de la afectación desordenada, y por eso su aspecto subconsciente. Haciendo así restrinjo un tanto el sentido del término ignaciano. Es cierto que algunos comentaristas admiten posibles elementos subconscientes en esta afectación, pero pocos, si alguno, afirmarían el carácter exclusivamente subconsciente de la misma. El mismo San Ignacio, que insiste inequívocamente en el aspecto de autoengaño en esta afectación, entiende también que por el mismo trabajo y método de los Ejercicios la afectación desordenada podrá salir a la conciencia (EE 157). Por lo cual, con terminología de la teoría utilizada, no sólo serían afectaciones desordenadas las *consistencias defensivas* (como aquí explico), sino quizá también las *inconsistencias inconscientes* y los *conflictos (incon-*

sistencias preconscientes, pero que eventualmente se pueden hacer conscientes en el examen de conciencia y trabajo espiritual). Las inconsistencias predominantemente conscientes sólo son afección desordenada si lo entendemos en modo muy amplio; serían más bien «afecciones malas» en el sentido dicho más arriba.

2. Cuatro características

En EE la situación típica de afección desordenada es la de una elección de estado de vida bueno (oficio o beneficio eclesiástico, pero también matrimonio cristiano) en vez de otro mejor para ese sujeto (vida religiosa, EE 169,181). También se refiere a este ámbito toda aplicación existencial de las elecciones, de opciones conscientes en la vida: por ejemplo, cómo desempeñar bien un ministerio eclesiástico sin que la afección desordene el servicio (limosnas, EE 338-342), o cómo reformar continuamente la propia vida y estado mirando sólo la «mayor alabanza y gloria de Dios nuestro Señor» (EE 189; cfr. 343 s.).

En tales situaciones se dan siempre las cuatro características que interesa resaltar de toda afección desordenada: la aceptación y proclamación consciente de valores, el objeto bueno (o indiferente), la afección, y el fin (intención última) desordenado. Y también se dan en otras situaciones de la vida ordinaria, donde San Ignacio detectó afección desordenada; aludo a alguna de ellas para ilustrarlo.

El Padre Andrés Galvanello fue mandado a la Valtelina con envío de la Santa Sede para misionar aquella región atacada por el protestantismo. Cuando San Ignacio quiere hacerle salir de allí encuentra resistencias por su parte. Indica el Padre que el bien de la región requiere su presencia.

El Padre Felipe Leerno había sido nombrado rector de Módena y escribe a San Ignacio manifestando su inhabilidad para el cargo y la aridez espiritual que le produce. El Padre Lorenzo tiene un destino nuevo y debe trasladarse de Ferrara a Módena, dejando en la ciudad de procedencia (a sus devotas) algunos rosarios y un escrito espiritual. El hermano Juan Bautista es comprador del colegio de Padua, pero desea estudiar, y San Ignacio interviene en un «discernimiento» sobre el asunto con su rector y con el sujeto ⁶.

⁶ Tenemos sus historias en *O. C.*, p. 885 s., carta 102 (P. Galvanello) con alusión allí a las fuentes (especialmente *Epp.* 6,63); p. 887 s., carta 104 (F. Leerno); p. 999 s., carta 168 (P. Lorenzo); p. 1000 s., carta 169 (H. Juan Bautista).

Otras situaciones parecidas ⁷ que no son estrictamente afección desordenada nos pueden ayudar a entender el concepto, por contraposición a las anteriores. Veamos cómo la afección desordenada se puede identificar (discernir) si se consideraran sus elementos típicos.

a) *Motivación consciente: la presencia de valores*

En la situación de afección desordenada es claro que «todos quieren salvarse y hallar en paz a Dios nuestro Señor» (EE 150). Estamos en segunda semana, donde el ejercitante ya ha reconocido su salvación del pecado, se siente libre de él (como dinámica predominante, no como realidad siempre posible en el cristiano) y camina por la vía iluminativa, dejada ya la purgativa (EE 10). El sujeto típico de segunda semana ha mostrado en la primera semana «mucho fervor y deseo de ir adelante para determinar del estado en su vida» ⁸, pues «en todo lo posible desea aprovechar» (EE 20). Conviene que entre en elecciones «con entera resignación de su voluntad; y, si es posible, que llegue al tercer grado de humildad», o al menos en indiferencia del segundo grado. Es persona tal del que se pueda esperar mucho fruto. En el directorio del P. Victoria se señala como condición para hacer los EE el que pueda «determinar de su persona»; se supone que mediante confesión y conversación espiritual (exigencia de valores) se les puede preparar a hacerlos con fruto. No faltan, pues, los valores, sino el cómo o dónde se realizarán existencialmente.

El Padre Galvanello tiene valores apostólicos indudables. Del Padre Felipe Leerno se puede decir otro tanto. San Ignacio lo considera capaz para ser Rector.

En el Padre Nuñez Barreto se puede ver una virtud probada, no solamente unos valores proclamados. Había servido con austeridad y entrega a los cautivos de Tetuán y se entregó con entusiasmo a la misión de Etiopía. Por lo que hace al motivo directo de la afección hay una característica nueva en este jesuita, que indica su interiorización de los valores proclamados: aunque se resiste a la dignidad de patriarca, está dispuesto a obedecer.

Ante los valores pueden darse varias situaciones: presencia cohe-

⁷ Señalaré las que en *O. C.* se presentan del Padre Nuñez Barreto, patriarca de Etiopía (carta 125, pp. 921-923); el escolar Bartolomé Romano (carta 139, pp. 944-946); del escolar Ermeno de Bonis (carta 170, pp. 1002 s.); y del Padre Marín (carta 172, pp. 1004-1006), de cuya carta ya hemos citado un largo párrafo.

⁸ Las citas siguientes, en los directorios publicados en *Calveras*, 1958, pp. 233, 234, 242, 244 ss.

rente de los mismos, deseo de ellos (EE 157) (cfr. *Const.* 102) y ausencia. Si el sujeto no tiene valores autotranscendentes no es fácil que se dé afección desordenada: falta la tensión de autotranscendencia necesaria para el mecanismo de engaño en el bien. Tal es la situación de la persona que se mueve predominantemente en la dimensión de los valores naturales: sencillamente, no es necesaria la afección desordenada. En tales casos nos encontramos con un sujeto en estado previo al de segunda semana: que tiene que descubrir todavía el sentido de la autotranscendencia (Principio y Fundamento) y de la propia salvación del pecado.

b) *La posibilidad del engaño: objeto inmediato bueno*

La afección e inclinación hacia el mal es una realidad presente en la naturaleza humana. Pero no es ésa la especificidad de la afección desordenada. En los EE vemos que los objetos que se presentan son todos indiferentes o buenos. Incluidos los diez mil ducados de los binarios, que no han sido sustraidos ni estafados; el problema no está en los ducados, que al final podrían permanecer en poder del que está en tercer binario: «tener... o no la tener... quererla o no quererla» (EE 155).

El objeto directo de la afección de Galvanello es quedarse en aquel lugar, como párroco o al menos como predicador. Lo cual parece bastante «razonable» a la vista de las circunstancias.

El objeto de la afección de Felipe Leerno es renunciar al cargo de rector (por incapacidad y aridez). Por razones humanas y espirituales. En un religioso no apetece cargos parece consistente con sus valores, es razonable. Lo mismo se diga del Padre Nuñez Barreto, con una dignidad y responsabilidad mucho mayor: el objeto de la afección parece virtud.

En el caso de otras afecciones, el contenido de la misma puede ser más «natural». El hermano Juan Bautista quiere estudiar. Es comprador de un colegio, quizá con una cierta preparación... es natural. Son sus potencialidades naturales. ¿por qué impedirselo? En el caso del P. Lorenzo, la afección es a personas dejadas en su anterior destino; y el comportamiento concreto, dejar unos regalos espirituales. Tampoco parece especialmente peligroso (no se habla de ningún error afección).

Otra afección es la que un escolar próximo al sacerdocio, Emerto de Bonis, sufría en forma de tentaciones contra la castidad con sus alumnos. En este caso vemos que el objeto preciso no es bueno ni indiferente (atracción hacia sus alumnos). Aunque es evidente afección, y desordenada en el objeto, es claro que no se trata de un objeto típico de la afección desordenada tal y como se presenta. El escolar escribe a San Ignacio pidiendo ayuda, y en el contexto aparece que no justifica, sino

lo contrario, esta afección. Se trataría más bien de una «afección mala» (aunque no sea pecado en sí misma) que «ha molestado, mas no vencido» al sujeto. En la respuesta a la consulta no se habla para nada de afección desordenada.

Es compleja la explicación del mecanismo por el que se escoge un comportamiento (actitud) consonante con la vocación que sin embargo no cumple la función de expresión de valores. En psicología social se han estudiado las diferentes *funciones de las actitudes* (Rulla, 1985, 118 s., que sigue a Smith, Katz y Rokeach); una de ellas es la de expresión de valores de la persona, pero hay otras. Estas son la de conocimiento, la de defensa del yo y la función utilitaria.

Es probable que Galvanello defienda su autoestima (de una persona no especialmente brillante) cuando encuentra un éxito apostólico inesperado. Del P. Felipe Leerno podemos deducir que su espíritu pusilánime se defendía del posible fracaso como rector (función defensiva). El Padre Lorenzo parece que de sus devotas al menos gana el premio de su afecto (función utilitaria), si no algún beneficio más. El hermano Juan Bautista quizá se promocionaba un tanto estudiando (función defensiva).

El proceso psíquico que posibilita la adopción de una actitud de tipo defensivo es el de los *mecanismos de defensa* del yo⁹, utilizados de forma inconsciente por el sujeto. Cuando el escolar Bartolomé Romano utiliza el mecanismo de la proyección para acusar a otros de su propia inquietud, San Ignacio le dice «os engañáis», aunque las condiciones objetivas de su comunidad no eran ciertamente óptimas¹⁰. Es pues el proceso psíquico el que es defensivo (inmaduro), no el contenido u objeto concreto que utiliza para dicho proceso. El sujeto pien-

⁹ Los mecanismos inconscientes de defensa pueden ser más o menos maduros; diríamos que ellos mismos, en su gradación, forman un «continuum» que va desde la normalidad de mecanismos de adaptación a deformadores mecanismos de defensa. Cada «estilo defensivo» (maduro o psicopatológico) se caracteriza por utilizar algunos mecanismos preferentemente sobre otros. Este uso inconsciente de los mecanismos de defensa, por tanto, no indica patología alguna cuando se mantiene en su función «adaptativa», sino simplemente son respuestas estereotipadas del yo adquiridas muy tempranamente y mantenidas ante las diversas situaciones de la vida. Estamos ante el uso «normal» del inconsciente.

¹⁰ Es claro que la perspectiva de San Ignacio es espiritual, aunque habría que ver el sentido «terapéutico» de sus consejos espirituales. Sus duras alusiones al amor propio, humildad, obediencia, tocan el núcleo del mecanismo de *proyección* propio del estilo paranoico del sujeto. Son acertadas, aunque no puedan ser fácilmente aceptadas por quien usa esa defensa inconscientemente y probablemente con cierto grado de desorganización estructural (patología).

sa que es consistente. Pero es una consistencia defensiva; en definitiva, una inconsistencia enmascarada... bajo ángel de luz.

Por eso es diferente la situación del escolar Emerio de Bonis, que no es engañado en su afeción. El siente una cierta atracción homosexual que entiende no es compatible con la vida religiosa y con su próximo sacerdocio. Aquí se trata para él de un «objeto malo».

c) *La fuerza de la afeción*

Es la característica que quizá más fácilmente percibe el director avezado, de una forma instintiva. Cuando San Ignacio la detecta se nota una mayor dureza o radicalidad en lo que dice. En perspectiva antropológica podíamos decir que el objeto de la afeción se ha consintido, para quien la siente, en un verdadero *símbolo* (Cfr. Rulla, 1985, 152-154 y 222-224) de otra cosa. Hay algo de «irracional» en el empeño del sujeto por el objeto. El símbolo, que se va formando en la persona mediante un proceso afectivo, generalmente con gran elaboración inconsciente, es mucho más que el objeto en cuestión, de forma que la apropiación afectiva del objeto se ha convertido en algo crucial para la autoestima. De ahí el apego instintivo al objeto, lo indiscutible del tema de la afeción, el empecinamiento habitual del que tiene la afeción desordenada. San Ignacio, en sus cartas, parece responder rigidamente al que es rígido (Galvanello, Lorenzo, Juan Bautista, Bartolomé Romano), y parece escribir mucho más flexiblemente al que no parece preso de la afeción (Núñez Barreto, De Bonis).

Otra manifestación de este carácter afectivo del desorden es la *agitación* siguiente a la afeción. El que vive en afeción desordenada no tiene paz en sí (al menos cuando la sensibilidad hacia los valores es creciente). Quizá por eso San Ignacio fuerza la afirmación radical de los valores en juego, para crear mayor conciencia de esa disonancia latente que vive el sujeto con su afeción. Lo cual produce agitación (contraría a la pacífica posesión que da la consolación) que puede inducir al sujeto al autoexamen y al cambio.

d) *Motivación última no reclamada (inconsciente)*

No es el objeto inmediato, sino el *fin último* lo que determina el desorden de la afeción. Esta afirmación es coherente con la antropología ignaciana y explicable antropológicamente. Una afeción es desordenada cuando el fin último que persigue (subconscientemente) es

desordenado, y al mismo tiempo ese mecanismo es central en la orientación (apostólica, por ejemplo) de la persona.

Al Padre Lorenzo (afectado a lugares y a sus habitantes, concretamente mujeres) no se le considera desordenado por ser aficionado a esas personas, sino por tener «afecciones particulares» que no «exige la ordenada caridad», y porque tiene «mezcla de afecto humano con la caridad», al tiempo que parece fomentar «que otras personas tengan hacia nosotros afecto menos puro». El fin último real es la gratificación de una necesidad natural (afecto a otros, con afecto de otros) en lugar del valor de la caridad (amor sin esperar nada a cambio) y el valor de la disponibilidad (no entregado a las personas de su nuevo destino).

Son los mecanismos de defensa los que hacen posible este enmascaramiento del fin verdadero (disonante) mediante un fin (objeto inmediato) bueno. No hay voluntad subjetiva de engañar, pues es un proceso subconsciente. Pero son verdad tanto el fin latente disonante que se busca como el fin consciente vocacional que se proclama. El que tiene la afeción desordenada quisiera la gloria de Dios *junto a* (y *sin renuncia a*) su autosatisfacción (EE 154); pero ello no es posible en la dinámica espiritual de los (EE 189).

Este es el drama de tal situación, que engaña al que la tiene (EE 333), impide la elección recta de vida (y la realización cotidiana de la opción bien iniciada) y malogra la experiencia espiritual ignaciana, que busca «en todo amar y servir» (EE 233); ya que en todas las cosas, aun en las más sagradas y apostólicamente comprometidas, encontrará el reflejo especular de sí mismo, en vez de iconos transparentes (Kolvenbach, 1987, 27-29) del que «habita... trabaja y labora por mí en todas las cosas criadas» (EE 235-236).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARONSON, T. A. «Historical perspectives on the Bordeline concept: A review and critique». *Psychiatry*, 48, August 1985, 48, 209-222.
- CALVERAS, J. «Técnicos explanados. I. Quitar de sí todas las afecciones desordenadas». En *Manresa*, 1925, I, 25-42; 118-128; 307-320; *Manresa*, 1926, II, 21-34; 119-132; 201-214; 322-332; *Manresa*, 1927, III, 12-29; 112-129; *Manresa*, 1929, V, 124-141.
- CALVERAS, J. *Qué fruto se ha de sacar de los Ejercicios de San Ignacio*. Barcelona (Librería Religiosa), 1941.
- CALVERAS, J. *Ejercicios, directorio y documentos de San Ignacio de Loyola. Glosa y vocabulario de los Ejercicios*. Barcelona (Balmes) 1958, 2.ª ed.
- CUSSON, G. *Pédagogie de l'expérience spirituelle personnelle. Bible et Exercices Spirituels*. Paris-Montréal (Desclée de Brouwer-Bellarmin), 1976, 2.ª ed.

- HALL, C. S., y LINZEY, C. *Theories of Personality*. Nueva York (J. Wiley and Son) 1980, 10th ed.
- IGNACIO DE LOYOLA, SAN, *Obras Completas*. Edición de I. Iparraguirre y de C. de Dalmases. Madrid (BAC) 1977, 3.ª ed.
- IPARRAGUIRRE, I. *Vocabulario de Ejercicios Espirituales. Ensayo de hermenéutica ignaciana*. Roma (CIS) 1978, 2.ª ed.
- KOLVENBACH, P. H. «Imágenes e imaginación en los Ejercicios Espirituales». *CIS*, 1987, XVIII, 11-30.
- LÓPEZ GALINDO, A. *Las afectaciones desordenadas en los Ejercicios ignacianos desde una aproximación interdisciplinar*. Tesina de licenciatura no publicada, Roma (PUG) 1988.
- MANENTI, A. «Psicología e spiritualità». En Secondin, B., y Janssens, J., *La spiritualità oggi*, Roma, 1984.
- MEURES, F. «Sich frei machen von allen ungeordneten Anhänglichkeiten». En *Korrespondenz zur Spiritualität der Exerzitien* (Sekretariat S. J. für Gemeinschaften christlichen Lebens, Munich), 50, 1985, 1-69.
- ROLDÁN, A. «Proceso transformativo del aprecio práctico de los valores, según San Ignacio». *Miscelánea Comillas*, 33, 1960, 149-171.
- RULLA, L. M. *Antropología della vocazione cristiana. I: Basi interdisciplinari*. Casale Monferrato (Piemme) 1985. (Edición española en prensa: Soc. edit. Atenas, Madrid.)
- RULLA, L. M.; IMODA, F., y RUDICK, J. *Antropología della vocazione cristiana. II: Conferme esistenziali*. Casale Monferrato (Piemme) 1986.